

“Al patriotismo de las más sensibles”: Las mujeres y la independencia en la actual literatura ecuatoriana

To the patriotism of the most sensible:
women and independence in current ecuadorian literatura

Gloria Riera Rodríguez

Universidad de Cuenca, Cuenca, Ecuador

E-mail: griera@uasb.edu.ec

Resumen

Mi ensayo, dentro del marco de celebración del bicentenario de la independencia, se aproxima a la memoria de los hechos rescatados por la literatura, enfocándose en cómo se representa el recuerdo de las mujeres pro independentistas. Tiene como tesis central que una vez que se patentizan las reivindicaciones sociales, políticas en contra de la colonia, también se evidencian las demandas culturales en torno al sexo femenino. Usa como modelos dos retratos literarios *Manuela* de Luis Zúñiga y Judith de la novela *Mientras llega el día*. Al ser fijadas como mujeres subversivas, en contra de la norma, por su actuación en las lides emancipadoras, obligan a tomar distancia de los discursos patriarcales que las someten y a valorar su presencia en la historia que tradicionalmente dio poco testimonio de su actuación en estos momentos decisivos.

Palabras clave: Independencia, mujeres, transgresión, identidad

Abstract

Within the framework of celebrations of the Bicentenary of Independence my essay aims at the memory of contemporary events preserved in literature, focusing on how women who were in favour of the independence are remembered. My main thesis is that whenever social and political claims against the Spanish Empire arise, cultural demands towards the feminine appear at the same time. Two literary portraits will serve as exam-

ples: *Manuela* by Luis Zuñiga and Judith in Juan Valdano's novel *Mientras llega el día*. As they are depicted as subversive women who fought for the independence, they are opposed to traditional patriarchal texts where they used to be suppressed. Now they have to be considered important in history which traditionally gave little attention to women's deeds in such decisive times.

Key words: Independence, women, transgression, identity.

“Las campañas de los pueblos son débiles cuando ellas no se
alistan en el corazón de la mujer;
pero cuando la mujer se estremece y ayuda, cuando la
mujer anima y aplaude,
cuando la mujer culta y virtuosa unge la obra con la miel de su cariño,
la obra es invencible”.

JOSÉ MARTÍ

“...una mujer todo lo puede, para que Holofernes quede tendido
sin respirar”.

Copla anónima quiteña, 1810, citada por VALDANO

El legado esencial que nos brindan las remembranzas –y el festejo del bicentenario lo es por excelencia– radica en el desentrañamiento del túnel de la memoria, en búsqueda de esos fragmentos de recuerdo que se nos quedaron en el camino. En la tarea, las palabras que usó San Martín para condecorar y hacer gala del “patriotismo (que) las más sensibles” ostentaron en el proceso independista de las colonias, resuenan como el eco de esa historia vivida, pero pocas veces contada.

El buceo histórico en el que la literatura se ha sumergido desde hace rato pesca esos fragmentos que, restituidos de su marginalidad, actúan como un pretexto perfecto para devolver a esos heroísmos el protagonismo que el documento muchas veces invisibilizó. Y es que el activismo de las mujeres en los anales de los procesos separatistas de las colonias en el siglo

XIX, rescatado por la novela histórica, tiene muchas lecciones que valen la pena retomar. La que me interesa atender, busca analizar cómo está siendo tratada la mujer en los textos literarios referidos al proceso de independencia, prestando especial atención a la manera cómo la historia alimenta la ficción narrativa y sirve de modelo para fijar los estereotipos femeninos, de tal forma que posibiliten nuevas formulaciones en torno a la construcción del género femenino.

I.

Piedad, castidad, virginidad, respeto a la autoridad paterna, circunscripción al círculo privado del hogar o el convento, eran algunos de los parámetros que delimitaban el accionar de la mujer dieciochesca. De allí que –según la visión tradicionalista– las historias de las gestas independistas las ubicaran en el rincón de la casa, escondidas en el convento, fuera de los escenarios de combate. No obstante, desde antes sabemos que esa posición no da cuenta de todos los espectros de acción femeninos durante el periodo. La documentación demuestra que se vieron involucradas en distintas fases de la revolución. Tuvieron diversos ámbitos de participación: desde la mujer humilde que esperaba al combatiente y se afanaba en sus cuidados, pasando por la matrona capaz de apostar sus recursos por la causa patriota o realista, hasta la mujer soldado, insertada en la auténtica lid. Estas últimas quedaron bautizadas conocidas como las rabonas, guarichas, soldadescas, pan de soldado, mujeres patria, de acuerdo a la región a la que pertenecían.

Considerando lo anterior, no es fortuito que patriotas como Sucre, San Martín, o el propio Bolívar hayan prodigado elogios a estas féminas. Así, Sucre se refirió en estos términos a Doña María Ontaneda y Larraín, quiteña de gran resonancia por su amplia participación en pro de la causa patriota, “Cuando se trata de la libertad de la patria, preferible a toda consideración, es muy satisfactorio para mí hablar de tan interesante asunto a quien como usted ha hecho en su obsequio sacrificios superiores a su sexo” (cit. por Sevilla, 268). San Martín instituyó la “Orden del Sol” para laudar a quienes se habían distinguido por su involucramiento en el movimiento independista. A las mujeres se le otorgó la condecoración de *Caballeresa del sol*, como la que obtuvo la afamada Manuela Saénz, testimonio que deja latente y explícito tales protagonismos.

La recopilación de estos avatares y de esa otra dimensión humana que también cruzó el proceso independista ha sido recopilada desde antaño por nuestra literatura aunque con diversos matices. Dentro de esa pléyade de letras, extraigo para este estudio a dos novelas del país que llegan más cerca del periodo de emancipación: *Manuela* de Luis Zúñiga (1996), y *Mientras llega el día* (1990) del cuencano Juan Valdano. Las dos nos son muy cercanas en el tiempo y ejemplifican a las voces otras que tanto interesan.

II.

Para Francisco Proaño Arandi, la producción literaria vertida sobre el proceso de la independencia experimenta semejanzas a lo ocurrido con el pensamiento político y su refleja en las modificaciones estructurales de la sociedad ecuatoriana a lo largo de los siglos XIX y XX (263). En general, la línea semántica que surca tales producciones, concluye Proaño, atestigua una toma de conciencia de una identidad americana –aunque atravesada por lo europeo–. Por otro lado, Peter Thomas considera que una de las venas que articulan a toda esta nueva novela histórica (a la que pertenecerían nuestras novelas) es la perspectiva abiertamente política y cultural que las diseña, empeñada en proponer modelos utópicos para el futuro “basados en posibilidades perdidas del pasado” (10). Cristina Pons (1996), en su estudio sobre la actual novela histórica, llega a concluir que la recuperación de esas memorias está ligada inevitablemente con las preocupaciones sociales y políticas contemporáneas. Hayden White (2003) explica que la novela histórica es por naturaleza social y política ya que el historiador efectúa un trabajo discriminatorio de acuerdo a su posición política en la medida que determina qué sucesos extraer del pasado y desde qué posición darlos a conocer.

Yo añadiría a lo anterior que, cuando se revisa la posición de la mujer en las actuales novelas, el marcado carácter político-cultural de las ficciones se multiplica pues implica una actitud no solo ante un poder hegemónico sino ante las políticas, asunciones y rumbos culturales que han determinado la posición femenina en la historia. Y el carácter trasgresor de la revuelta se dilata hacia la mujer que se convierte en doblemente trasgresora: de un orden político constreñidor y de una imposición histórico-cultural-sexual que la ha sometido.

Al respecto, Masiello, en concordancia con las ideas arriba expuestas, concibe que la problemática de la mujer de ese periodo convulso puede ser descifrada en términos de una doble identidad y que esa “female double identity in history always indicate a complex negociation of the semiotic field: in the nineteenth century, it finds its way into the conflicting debates about liberal ideals and republican thought, and allows us reflect in women’s insertion in the world of politics and work” (60). Esta doble asunción solo podrá desaparecer cuando todos los derechos cívicos, políticos, económicos, tengan el mismo valor social, ambición que persiguen las justas libertarias.

Una de las figuras femeninas cimeras que nos permitían entender este engranaje, es la tan recordada y mirada Manuela Sáenz (1797-1856). Desde antaño, las crónicas la han retratado como la figura femenina ecuatoriana más alta en el proceso independista. Luis Zúñiga nos la presenta en la narración con un tono autobiográfico. En sus letras, los episodios independistas en esta parte de América constituyen la parte medular de la vida de esta dama. La magnificencia del retrato de Manuela radica en dos aristas sustanciales. Por un lado, representa el signo de la trasgresión que las convenciones habían prefigurado para su sexo y, por otro, encarna una serie de arquetipos femeninos que trabajaron por la causa de re revolución. Ella es la mujer espía, la que espera a que el hombre retorne de la batalla, la que se vale de su condición para maquinarse por la causa, la consejera, la mujer soldado que llega incluso hasta a la batalla, la mujer administradora. En general, se trata de la visión de una mujer entrada de lleno en las actividades políticas y militares que requiere la gesta emancipadora.

Muchos de esos papeles que históricamente ejecutó la Sáenz, se trasladan a la ficción —íntimamente enlazada con el archivo—. La obra, que desarrollada cronológicamente la vida de Manuela, podría adjetivarse como una biografía novelada, ligada de cerca al testimonio, hecho que se refuerza por el uso de la primera persona. En ella, Zúñiga recupera la imagen consolidada en el imaginario de Manuela (sin cortes tajantes con el documento como ocurre con buena parte de la nueva novela histórica), para ir en busca de posibles circunstancias específicas que hubiesen actuado como atenuantes en la vida de la heroína. Se trata de un texto donde la ficción se entreteje alrededor de las varias y aun contradictorias posibilidades que tal figura ofrece.

La biografía de Zúñiga atestigua que la heroína empezó a ser copartípe de los ideales libertarios ya en la revolución quiteña del 10 de agosto de 1809 y que colaboró fehacientemente en las instigaciones políticas en contra de la corona cuando vivía en Lima, incluso antes de conocer a Bolívar. Como dama de alta sociedad, criolla ella, al frecuentar los altos salones sociales, conoce a gente incorporada a la lucha. En las tertulias de las que participa (frecuentemente sin la compañía de su esposo viajero comerciante) emite criterios y juicios sobre el sentido mismo de la lucha. Su papel fue de espía, azuzadora de la causa y correveidile de los sucesos que sobre el asunto ocurrían en el resto del continente. La vemos transmitiendo secretamente las noticias y los acuerdos de conspiración, ayudando en la elaboración de pasquines y en su distribución.

Está acompañada de otras mujeres. Una de las que nombra directamente es a Rosita Campuzano quien es, además, tan vituperada y criticada como ella por su “naturaleza revoltosa”. La visión que de ella nos entrega es de una mujer tan involucrada como ella en la causa, y más dada la cercanía que tenía San Martín. Su misión también consiste en reclutar gente para las filas patriotas: “Comenzamos a influir con habilidad en la tropa para conseguir su incorporación a las filas de los luchadores por la emancipación política del Perú” (79). Llegó incluso a convencer a su propio hermano. En estos episodios Manuela tenía la conciencia lúcida del sentido de la libertad. La novela deja ver que la motivación de Manuela respondía a decisiones personales forjadas por la coyuntura de las circunstancias, “aquella libertad que yo la sentía tan necesaria y justa” (Zúñiga, 85). Por esta inicial participación, fue premiada con la condecoración ya mencionada que le hiciera San Martín.

Cuando conoce a Simón Bolívar en Quito, en 1822 su inmersión en la lucha se duplica. Al Libertador no solo la ligó un interés sentimental sino también el anhelo de una América libre. Ella lo aconseja, orienta y ayuda en la organización de acciones claves para los patriotas en su lucha, y no para menos, se halla a lado de Bolívar, eje de la gesta. Ejemplos de esta voluntad de acción fue su participación en las diversas batallas contra los realistas, a las que acude con vituallas y mulas para colaborar con la tropa. Fue también a la batalla de Ayacucho, en 1824. En esa lid, con uniforme de soldado y armas en mano lidió por la emancipación de la corona y obtuvo por mérito propio el grado de Coronela. Como testimonio, también incorpora a las cientos de mujeres que participaron de esas batallas:

Mire usted a las mujeres de sus soldados, que igualmente arriesgan la vida para acompañarlos en estas lides. ¿No piensa que ellas son dignas de condecoración? [...] A las que nos sentimos un soldado más de la causa de la libertad, pues que nos cueste el empeño de someternos a los sinsabores y calamidades de este peligroso sendero. No crea que ha sido fácil para mí esta decisión (122).

Es latente su deseo de protagonizar, de ser partícipe activa de las luchas y no ser marginada de ellas. No solo se movió en ese campo tan masculino. Su intuición de mujer la llevó a salvar la vida del Libertador en el asalto que sufriera en el palacio de San Carlos en Bogotá, acción que le valió el sobrenombre de ‘Libertadora del Libertador’ en 1828. Sospechando la traición que se maquinaban en contra de su General, actuó a fuerza de impulso y garra para detenerlo.

Por otro lado, el notorio y público romance que sostuvo con Simón Bolívar, pese a ser de dominio público que estaba casada con el inglés Thorne, la consigna como un signo andrógino (trasgresor) por excelencia. Pero no solo rompe las reglas y valores asignados a la mujer en cuanto a su rol de esposa con este público romance. Otro factor moldea tal carácter es su esterilidad. Al no ubicarla en la esfera privada, como el ángel de la casa, sino protagonizando otros espacios –los tradicionalmente masculinos–. Se halla en las tertulias donde emite juicios políticos, camina por las calles a altas horas de la noche sola, administra la correspondencia de Bolívar, es anfitriona de fiestas y toma decisiones como la de emular a Santander con un muñeco y dispararlo, sale en su caballo y va junto a la tropa. Y el culmen de esta androginia llega cuando la leemos vestida con uniforme de soldado. En la obra, fue el propio Bolívar quien le entrega el ropaje y la anima a usarlo y ella, obviamente, echa mano de él:

Cómo voy a olvidar aquella tarde cuando, sin que nadie se percatara de mi verdadera identidad, armada y disfrazada de militar, pude ingresar a caballo al cuartel de los sublevados. Una vez dentro, empecé a hablar y repartir dinero a la tropa para que pudiese reaccionar y no fuese cegada por la traición de los altos oficiales (149).

Entonces, tal y como lo prefigura Masiello, las mujeres entran al campo del debate político que se está tejiendo usando un disfraz, que no solo

constituye un discurso subalterno sino alternativas de acción. En este sentido, la mujer representa las tensiones entre la ley y el desacato. Se trata de la ley civil y de la ley cultural; la mujer va contra ambas. Al mismo tiempo, el sujeto femenino se mueve entre los dos extremos de la memoria que buscan tanto la integración a la lucha en su calidad de ciudadana americana, sin consideraciones distintivas por su sexo, así como en el marco de la desintegración: lejos del código español, lejos del código patriarcal. El discurso, a la final, nos recuerda que tales comportamientos muestran las inadecuaciones entre el proyecto nacional que seguía a la ideología de la independencia para definir a su población dentro de sí. En general, pese a la evidente intención mimética de la novela con el archivo, la obra incorpora una visión subjetiva profunda de la mujer. Más que presentarnos a la mujer en un pedestal de veneración nostálgica, nos la entrega en su natural condición humana, que busca ser acogida en el nuevo orden.

III.

La novela *Mientras llega el día* (1990) de Juan Valdano, se concentra en los hechos que ocurrieron en el actual Ecuador el 2 de Agosto de 1810. Lo que acaeció en tales momentos, en realidad, fue la consecuencia de una serie de acontecimientos anteriores que comenzaron con la instalación de la Primera Junta de Gobierno Soberana en Quito el 10 de Agosto de 1809. El antecedente histórico relata que en 1808 llegó a Quito a ocupar el cargo de Presidente el Conde Manuel Ruiz de Castilla, comandante del pelotón de ejecución de Túpac Amaru. El 10 de Agosto del siguiente año, un grupo de quiteños lo destituyen, le comunican la decisión y la conformación de la Junta Suprema que actuaría sin intervención de la corona española. Meses más tarde, Ruiz retomó el poder y todos quienes habían participado en el movimiento fueron perseguidos, encarcelados y asesinados en una matanza hartamente recordada, sucedida el 2 de Agosto de 1810. La trama hilvana una serie de aconteceres enfocados en la búsqueda de las cabecillas del movimiento que se atrevió a deponer al representante del gobierno español meses atrás y en la recuperación de los encarcelados. Desemboca en un cruento episodio que culmina con la muerte de muchos civiles y de los patriotas ese fatal 2 de Agosto.

Los personajes que testifican sobre tal acontecimiento histórico, a diferencia del tono de Zúñiga, son ficcionales y se mueven en las fronteras

de lo que “pudo ser”. Pedro Matías Ampudia es el protagonista. Él es un mestizo de sólida formación intelectual, heredero y discípulo de la doctrina de Espejo quien lidera la sedición contra la corona. Lo interesante de la novela es que junto a él aparecen una serie de personajes populares medios plenamente conscientes del sentido de los acontecimientos. Entre ellos está Judith, pareja de Ampudia.

Judith es una criolla que comparte el ideal patriota. Sabemos que estuvo casada a la fuerza pero que ella escapó se esa relación, es el primer signo de irreverencialidad que ella ejecuta. Vive sola cuidando a su anciano padre. Su entrada en la obra es participando en el movimiento insurgente como encubridora. Pedro, perseguido por la tropa realista, ve en el hogar de Judith el escondite perfecto. Ella lo acoge sin problema, muy gustosa. Con el escondido inicia un romance pese a la diferencia de edad. Desde allí su participación en la lucha es más abierta y más comprometida. Las siguientes páginas la alejan del relato. Al final de los acontecimientos, es pieza clave. Una vez que Pedro ha sido tomado prisionero, urde un plan para rescatarlo, ¿cómo? Lanzándose ella misma como señuelo invita a una salida nocturna al militar líder de los realistas, Carlos Bermúdez, ofreciéndole decir dónde encontrar el armamento tomado por la plebe y ofreciéndole también su cuerpo. El plan ella mismo lo ha puesto en marcha y no admite discusiones pues “la decisión de una mujer mueve incluso a los pusilánimes. Sé que con ello pondré mi vida en juego... pero sé también que esta es la única respuesta que puedo dar en esta hora” (Valdano, 280). Él acude. La ocasión es aprovechada por ella y sus amigos para capturarlo junto con el amigo que lo acompaña; ellos son encerrados en una bodega de vino. Sin más que hacer, los cautivos se emborrachan y el hecho es aprovechado por los patriotas para usarlos como señuelo. Los llevan a la cárcel donde yace el preso, los ingresan en el calabazo, momento que es aprovechado para intercambiar prendas y hacerlo pasar por preso. Ampudia toma su ropaje y sale.

Pero, a más de este plan lleno de riesgos por el honor de la dama en juego, no es la única instancia de acción de Judith. Al igual que Manuela, su participación en las tertulias revela a una mujer comprometida —aunque más por el desarrollo mismo de los eventos— con la anhelo de libertad. Judith es capaz de estas disquisiciones: “este pueblo está secularmente acosumbrado a ser dominado y poseído. No conoce otra forma de relación con la autoridad. Inclusive siente un extraño placer de saberse humillado

y digno de compasión [...] Ahora veo el sentido de la palabra dignidad en el que tanto había insistido Pedro Matías”. (293). Y cuando siente desfallecer el ánimo del soldado, de la gente misma que boga por su libertad, exclama con rabia: “¿Son ustedes varones? ¿Son follones? ¿Qué son? [...] Si ustedes no se unen a mí yo lo haré sola” (290). Al mencionar al género masculino está estableciendo una distancia y una proximidad sexual y por tanto, evidenciando que las fronteras genéricas, las líneas identificatorias, se han debilitado a la luz de los acontecimientos.

El papel de Judith en la obra, según lo ha delineado Valdano, alegoriza semánticamente por la onomástica (repetido con insistencia) al personaje religioso de Judith. Su figura aparece en la segunda parte del libro bíblico que lleva su nombre (hebreo, ‘judía’), tras reprochar a su pueblo por perder la fe en Dios bajo el asedio, se ofrece para salvarlos. Marcha hacia el campamento asirio, finge ser una informante contra su propio pueblo, y atrae la atención de Holofernes, quien la invita a un banquete en su tienda. Durante el banquete, Holofernes se embriaga y se queda dormido. Judit empuña una espada, lo decapita, envuelve la cabeza cortada en una alforja y regresa junto a su pueblo. Los eufóricos israelitas atacan a los asirios y éstos, sin líder, huyen despavoridos. Judit dirige al pueblo en un cántico de celebración y alabanza, y acto seguido todos marchan a Jerusalén para ofrendar una acción de gracias. En *Mientras llega al día* su acción es completamente similar. La única diferencia es que no decapita al rey literalmente pero sí “lo deja sin cabeza” al embriagarlo. Los otros detalles coinciden a la perfección: su carácter de espía, de informante, el ataque al líder, la exhortación al pueblo, el cerebro del plan, el arrastre del pueblo hacia la lucha. De esa manera, se torna en un personaje profundamente decidor y protagónico en el proceso de lucha. Asimismo se liga con la figura de Eva, quien pisa la cabeza del enemigo.

Al final del texto, Judith inicia un cántico de amor que alterna con Pedro Ampudia. Es breve pero intenso. En él, los sentimientos femeninos pasionales y los que despliega en las circunstancias de la lucha exhiben cómo su heroicidad está sustentada en la fuerza de su feminidad y en el uso de sus atributos femeninos: “Mientras haya tiempo imaginaré toda la vida y todo el amor de los que soy capaz, pues solo la vehemencia de mi deseo logrará desviar la fatalidad” (283). El discurso amoroso lleva un sentimiento íntimo profundo. Con ello, no está excluyendo lo privado ni la sensibilidad como adjetivos que rodean a la mujer, sino reconceptua-

lizando el dominio privado: no se trata de un espacio circunscrito a un sexo, sino al sentimiento, a la emoción. Lo reitera cuando manifiesta que “yo prefiero las verdades que siente el corazón” (161), frente a la lógica masculina que le exhibe el sacerdote. Masiello argumenta que es necesaria la intimidad femenina para la visión liberal porque ellas usan un lenguaje lleno de sentimientos para resistirse a un único lenguaje, para mostrar que los conceptos de ciudadanía deben ser reformulados.

Judith no es la única mujer que Valdano ha forjado. También están Petita, Carmelita Manzanos, la esposa de Florencio Rojas o las cientos de mujeres que apoyan a sus hombres en el combate. Pero es ella, como imagen ficcional, inventada, la que constituye la alegoría que exhibe la participación de muchas otras mujeres presentes en las lides emancipadoras. La historia efectiva no deja dudas. Cuenta que existían otras mujeres con similitud de cualidades de nuestras heroínas, así está María Ontaneda y Larraín quien estuvo a la cabeza de las mujeres revoltosas que apedrearon al Sr. Conde Ruiz de Castilla. La misma mujer aprovechó un día de visita para facilitar a Pedro Montúfar vestidos de mujer, distraer a los guardias y favorecer su fuga. Otra mujer, Josefa Herrera, se movilizaba con inusitada agilidad entre Quito y Latacunga para organizar el avituallamiento; seguramente daba motivos específicos a la tropa.

Para finalizar, es válido comprender el sentido de la independencia que Valdano traslada a sus novelas. Para él, el asumir la identidad es el sostén ideológico de la causa libertaria. No somos europeos ni indios, arguye. De allí que hay que convertirse en huérfano de todas sangres: “Hay que exorcizar a los demonios que surgen de las sombras del pasado, solo así se puede empezar el nuevo camino de libertad” (286). Quizá, de esa manera es como también puede entenderse el sentido de la participación de la mujer en la gesta que él representa. Hay que superar los vestigios de esas imposiciones culturales para ser ese ‘otro’ que el nuevo orden requiere. Y ese otro labra su propio destino. Vista así, la novela paraleliza el movimiento político –independencia- con el desarrollo de una conciencia crítica que parte de la autoidentificación del yo frente a la alteridad y se constituye de esta manera en una estrategia cognoscitiva y ontológica del ser.

Ideas finales

La novela histórica gestada alrededor de las gesta de emancipación pretende demostrar que la consecución de la libertad en América Latina

actuó como un proceso trasgresor y de ruptura frente a los convencionalismos políticos e identitarios que habían definido al sujeto americano. Fue necesario entonces un nuevo soporte ontológico, el cual —en las mujeres— acarrea también a su condición de género. El efecto de esta asunción es que inserta el proceso en una suerte de acción de mayores alcances, y con ello también de mayores problematizaciones. El poder disidente que ocasiona la mujer representa igualmente un cuestionamiento en términos históricos y culturales, “de la manera en que los límites y los significados de pertenencia son contruidos dentro de un espacio de hegemonía cultural y política desde el cual se producen los discursos y a partir del cual se define la identidad” (Pons, 263).

En ese marco de tensiones ideológicas, los personajes femeninos de las novelas de este estudio destacan por el cómo actúan frente a dichas preocupaciones y por el cómo las resuelven. Y entonces, las vemos discurrir lejos del espacio privado que tradicionalmente encadenaba a la mujer. Si la convención sintetizaba a la mujer a la exclusiva condición de madre, ellas no son con exclusividad ni útero reproductor ni cerebro pequeño. No están atrapadas ni condicionadas por la procreación, ninguna de ellas es madre y no aspiran a serlo; aunque Manuela, tibiamente hace alusión a su infertilidad pero nunca vista como un sino trágico. En ellas la maternidad inconclusa las releva de lo exclusivamente privado, se las necesita públicas. Además, ninguna de estas protagonistas representa la voz sumisa que obedece sino la contrarréplica que protesta lo que es un también un rasgo subversivo.

Con aquellos caracteres especiales, se tornan en personalidades influyentes dada su vinculación con el poder político o intelectual. Su praxis altera el aspecto individual de los acontecimientos, en algunas de sus consecuencias particulares, e incluso influye en los destinos de la sociedad. Su presencia, como activas en presencia en las guerras de la independencia, permite refuncionalizar el uso las convenciones del subgénero histórico y las convenciones genéricas para inscribir a la mujer en diálogo abierto con la historia, la nación y la ficción. Esta refuncionalización alcanza también a sus condiciones sexuales. Tanto en Judith como en Manuela, las reivindicaciones que exigen para sus lares llevan consigo también las exigencias que requieren para sí mismas, por su sexo. La libertad anhelada no es solo política, es también en su calidad de individuo.

Las heroínas logran superar estereotipos culturales para actuar desde los intersticios de un poder y de una racionalidad para convertirse en íconos, en figuras también protagónicas. De esta manera, la presencia de las mujeres reconstruye el *stablishment* social sobre las identidades masculinas y femeninas porque permite reconsiderar el rol de la mujer a través de los procesos históricos y de representación que la han marcado. “El patriotismo de las más sensibles”, aclamado por San Martín, merece corearse también por los ciudadanos presentes y merece la “sensibilidad” que dé lugar a la apertura de la memoria hacia esos nuevos registros para admitir lenguajes y sujetos alternativos. Y al repensar las categorías tradicionales, la literatura crea su propio mundo, un mundo que el referente aplaude.

Bibliografía

Labarca, Amanda. “El imperio femenino. Grandeza y servidumbre de la mujer y la mujer como fuerza histórica”, en *Atenea, Ciencia, arte y literatura*. Concepción, Universidad de Concepción, 2005: 31-44.

Masiello, Francine. “Women as double agents in history” en Sara Castro edit., *Narrativa femenina en América Latina*. Madrid, Iberoamérica/Ververt, 2005: 59-72.

Pons, María Cristina. *Memorias del olvido. Del Paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo XX*, México, Siglo XXI Editores, 1996.

Proaño Arandi, Francisco. “La gesta independista en la literatura ecuatoriana de la República” en *Bicentenario*. Revista Afese 52, edición especial, Quito, 2009: 217-235.

Salazar, Sonia y Alexandra Sevilla. “Las mujeres y su participación activa en la revolución de Quito 1809-1812”, en *Bicentenario*. Revista Afese 52, edición especial, Quito, 2009: 257-279.

White, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona, Paidós, 2003.

Valdano, Juan. *Mientras llega el día*. Quito, El Conejo, 1999.

Zúñiga, Luis. *Manuela*, Quito. Colección Luna Tierna, 5ta. ed., 2002.